

## Silencio

- Tía, ¿te has enterado de lo de Ryan?
- ...Sí... ¿Tú crees que ha sido culpa nuestra?
- Nosotras no hicimos nada. Fueron Diego y sus amigos.
- ¿Vas a ir a la ceremonia?
- Claro. Algo así no puede volver a pasar. Mi madre es la directora... tengo que estar.

...

Aquella noche me quedé en casa de Tania. Todo iba normal hasta que mi móvil empezó a vibrar sin parar antes de la alarma.

— Dios tía, ¿Quieres silenciarlo ya? —gruñó ella.

Cogí el móvil medio dormida. El grupo de clase estaba lleno de mensajes. Abrí uno de los vídeos.

Era Ryan.

Parecía encogido, perdido, mientras Diego lo grababa.

— Mirad, si es nuestro ratoncito favorito —decía Diego—. ¿Qué nos traes hoy?

Ryan miraba hacia todos lados, buscando un apoyo que jamás encontraría, dejando escapar risas, camuflando estrés..., y miedo.

Le quitaron el bocadillo de un manotazo. Las risas lo tapaban todo. Luego tiraron su mochila a la fuente.

— ¡Maricón! ¡Vamos, ve a por ella!

— ¡Callaos! —gritó Ryan con la voz rota—. ¡Algún día os vais a tragar vuestras putas palabras!

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero aguantaba.

El vídeo terminó con ellos riéndose a cámara.

Se me hizo un nudo en el pecho.

— Madre mía, cómo se pasan —dijo mi amiga riéndose

— Tania... — la miré — Le acaban de humillar delante de todos.

— Es broma, tía. Siempre hacen lo mismo.

— Precisamente —le corté— Esto se va a pasar por todo el colegio. Lo van a destrozar.

Tania sonrió de lado.

— No será que ahora te gusta Ryan...

Me hervía la sangre.

— Mira quién habla —le solté— Desde que Diego le dio like a tu foto, no paras de hablar de él.

Se quedó callada un segundo y luego se rió.

— Al menos a mí me hacen caso. A ti ni eso. Igual si enseñaras más en Instagram...

— ¿Pero tú te oyes? —le solté, temblando— Me niego a formar parte de esto. Si hace falta, lo denuncio ¿vale? a la policía, a quien sea.

— Qué exagerada eres, por Dios...

...

Pero nunca dije nada. Aquel día me fui de su casa y no hablamos hasta entonces.

Después llegó la tragedia. Nadie habló. Nadie señaló. Todos, alumnos y profesores, nos limitamos a dar el pésame y a compartir mensajes contra el acoso en redes sociales. Una justicia superficial que solo aparece cuando ya es tarde.

Uno de cada tres estudiantes sufre acoso escolar. El caso de Ryan Halligan demostró que este no termina en el aula, continúa en las pantallas, en los mensajes, en la exposición constante.

Ryan buscó escapar de su dolor intentando conectar con alguien, aferrándose a una falsa esperanza. Yo fui ese alguien. Sin embargo, jamás pude evitar que el peso de la burla, el aislamiento y el silencio acabarían por hundirlo.

Ryan terminó quitándose la vida.

Y lo peor no es solo lo que hicieron ellos.

Es lo que no hicimos nosotros.

Los que miramos.

Los que dudamos.

Los que callamos.

Ese silencio... también mata.